

ISSN: 1139-0107

ISSN-E: 2254-6367

MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

19/2016

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

INFORMES Y ESTADOS DE LA CUESTIÓN

Ignacio Olábarri Gortázar

*Los intelectuales y la transición a la democracia
en España*

Intellectuals and the Transition to Democracy in Spain

pp. 515-529

DOI: 10.15581/001.19.515-529



Universidad
de Navarra

Los intelectuales y la transición a la democracia en España

Intellectuals and the Transition to Democracy in Spain

IGNACIO OLÁBARRI GORTÁZAR

Universidad de Navarra



Fusi Aizpúrua, Juan Pablo, *Espacios de libertad. La cultura española y la recuperación de la democracia (c. 1960-c. 1990). Discurso leído el día 13 de diciembre de 2015 en el acto de su recepción por el Excmo. Sr. D. Juan Pablo Fusi Aizpúrua y contestación por la Excmo. Sra. D^a Carmen Iglesias*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2015. ISBN: 978-84-15069-79-9. 12€

Cuenca Toribio, José Manuel, *Marx en España. El marxismo en la cultura española del siglo XX*, Córdoba, Almuzara, 2016. 978-84-16392-45-2. 19€

Dos importantes estudios recientes, el primero de Juan Pablo Fusi Aizpúrua¹ y el segundo de José Manuel Cuenca Toribio, abordan, desde diferentes perspectivas, el papel de la cultura y de la intelectualidad española en la recuperación de la democracia durante la segunda mitad del siglo pasado.

El trabajo de Fusi —su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia, leído el día 13 de diciembre de 2015— pone en primer término el pensamiento liberal y analiza la etapa 1965-1995. Cuenca —quien en 2012 había escrito un importante libro sobre la relación entre la Iglesia Católica y la cultura en la España del siglo XX²— estudia ahora la influencia del marxismo en la cultura española del pasado siglo y, si bien dedica el primer capítulo a la «Recepción y asentamiento del pensamiento marxista en España», se centra sobre todo en los años que van «del Mayo

¹ El discurso está muy bien escrito y apenas he encontrado erratas de importancia: solo «Joaquín Ruiz Jiménez» en lugar de «Joaquín Ruiz Giménez».

² Véase la reseña de Pérez López, 2014.

francés a la transición» para acabar dedicando un último capítulo, que se hace largo y reiterativo, a los «centros difusores del modelo cultural progresista-marxista», ante todo las universidades públicas.

«Lugar y fecha de nacimiento, dijo Ortega, explican los dos tercios de toda biografía. Yo nací en San Sebastián, en 1945³ (...). 1945 es para mí una fecha por supuesto, personal, pero también, y sobre todo generacional. Pertenezco a una generación nacida bajo el régimen de Franco, pero crecida a la «sombra de la democracia», que hicimos por ello del problema de la democracia en España tal vez la clave fundamental de nuestra preocupación historiográfica» (p. 15). La disertación de Fusi se divide también en tres capítulos: «Re-pensar España», «La democracia como posibilidad» y «De la dictadura a la democracia». Rasgo común a toda la obra son las largas listas de autores y obras, que exigen a su vez un buen número de notas, generalmente largas también.

El primer capítulo se organiza a su vez en tres epígrafes: «el fin de la posguerra», «el futuro había comenzado» y «rehacer la historia». Intentaré extraer de un texto tan rico y matizado las ideas centrales de Fusi, quien parte de los planteamientos de Julián Marías en artículos y ensayos publicados en torno a 1960⁴. Marías afirmaba que en España existía, en torno a 1960, «una floreciente vida intelectual»; que el pensamiento de Ortega y Gasset seguía siendo estudiado y reinterpretado diez años después de su muerte⁵; que otros muchos de los autores de antes de la guerra civil seguían escribiendo y publicando, y que «disciplinas como la filosofía, la historia, los estudios sociológicos, la ciencia política y la sociología, no sólo no se habían detenido, sino que, en su opinión, se habían renovado decisivamente» (p. 18).

Para Marías —sigue diciendo Fusi, que le da la razón—, el horizonte intelectual de España permitía inclinarse a la esperanza; más aún, el futuro había empezado ya. A pesar de la guerra civil y el franquismo la tradición cultural española no se había interrumpido y entre 1955 y 1965 se había superado el aislamiento entre españoles residentes en España y

³ Véase, para comprender mejor la obra de Fusi, su conversación con María Jesús González y Javier Ugarte, 2016.

⁴ Recogidos en Marías, 1960 y 1966.

⁵ Debe tenerse en cuenta, en este punto, lo que para Fusi supone Ortega: «Yo creo que todo intelectual español está obligado a hacer la experiencia orteguiana (...), a leer a fondo a Ortega, a leer a Ortega como gran desafío (...) El que en España no haga a fondo esa experiencia (...) tiene un déficit cultural, intelectual, enorme» (González y Ugarte, 2016, p. 462).

los que vivían fuera de ella. Después de recorrer tanto el ámbito académico como el de las letras en aquellos años, Fusi afirma que «[e]l proyecto cultural del franquismo —nacionalismo español (Falange) y dogma católico (Iglesia)— parecía en efecto insuficiente y, en buena medida, fallido». Nuestro autor explica, en términos no siempre del todo convincentes, lo que ocurrió con el grupo de intelectuales ligados durante la posguerra al falangismo o hace vagas referencias a los «núcleos intelectuales de la Iglesia y del Opus Dei», como si los intelectuales que eran miembros del Opus Dei no fueran también miembros de la Iglesia o no fueran católicos filósofos orteguianos como el propio Julián Marías.

Más importante es quizá su afirmación de que «el horizonte intelectual de la España de 1960 no era ya el sistema de valores e ideas culturales del franquismo» (p. 23): en definitiva, «hacia 1960-1970 la vida cultural española (...) se había instalado en un horizonte cultural renovado, recobrado, crecientemente plural: recuperación del 98 y Ortega, realismo social, reaparición de literaturas regionales, aproximación al exilio, vanguardias artísticas, enclaves de libertad» (p. 35), entre los que había editoriales, revistas, premios literarios, fundaciones y centros culturales privados.

En «El futuro había comenzado», Fusi analiza cuatro cambios esenciales del pensamiento español en los mismos años: «la transformación de la función del intelectual en la sociedad, el desplazamiento del ensayismo culto por el pensamiento especializado; el cambio del paradigma intelectual (...y) la modificación del papel de la filosofía en el conjunto del pensamiento» (p. 35). Además de la fenomenología y el existencialismo, la filosofía analítica, el estructuralismo y el marxismo fueron las tendencias que más interesaban a los jóvenes filósofos españoles; se desarrollaron e institucionalizaron las ciencias sociales, en particular la economía, la politología y la sociología y aparecía la mujer como condición, como problema de estudio. «En torno a 1970, el pensamiento español era un pensamiento en gran medida nuevo (...). En 1970-1975, años en que se debatía ya abiertamente (...) en torno a lo que podría ser el futuro de España tras el fin de la dictadura (...), ello era a su vez sinónimo por múltiples razones (despegue económico español, problemas políticos y sociales de la dictadura, exclusión de España de la Comunidad Económica Europea, dinamismo de la sociedad española, situación internacional) de reconstrucción democrática del país. Por lo que resultaba que en los

años finales del franquismo, pensar España era, ante todo, pensar la democracia» (p. 41).

El primer capítulo concluye con un epígrafe dedicado al *giro historiográfico* de los años 50 y 60, tan influyente o más en el pensamiento español de la época que las innovaciones de la filosofía y de las demás ciencias sociales, que Fusi describe con maestría, y se cierra con el siguiente párrafo: «España aparecía ahora ante todo como un problema económico y como un problema político, y sin duda como un problema social, o como una suma de problemas sociales. Como un país que en el siglo XX había tenido, como herencia del XIX, tres grandes problemas, en torno a los cuales había gravitado toda su dinámica histórica contemporánea: un problema de atraso económico, un problema de democracia y un problema de vertebración del Estado» (p. 49).

El segundo capítulo del discurso de Fusi está organizado también de forma trimembre: «Un país mal desarrollado», «El régimen como problema» y «La reinención de la democracia», son los títulos de los tres epígrafes. En sus *Meditaciones...* antes citadas, Marías escribía, en efecto: «España no es un país subdesarrollado sino mal desarrollado». La economía española creció de forma espectacular en los años sesenta y setenta tras la aprobación del Plan de estabilización de 1959, pero el desarrollo trajo consigo grandes contradicciones internas y tales contradicciones volvían a poner en primer plano el mal desarrollo territorial del país. Reaparecía el problema regional, no sólo en Cataluña o Vasconia, sino también en el País Valenciano, Mallorca, Andalucía, Galicia o Canarias; ahora bien, sólo en el País Vasco el problema regional era —debido a la acción de ETA⁶— un problema que iba más allá de un debate intelectual. Incluso en Cataluña —sostiene Fusi— «escritores e intelectuales actuaron (...) más como izquierda intelectual que como intelectualidad nacionalista» (p. 57).

La reapertura del debate regional significaba que el régimen franquista —basado en la visión unitaria de España, en la centralización de la

⁶ Fusi se refiere a la acción de ETA, pero, fuera de una mención al libro de Federico Krutwig, *Vasconia. Estudio dialéctico de una nacionalidad*, de 1963, no trata del pensamiento político que estaba detrás de esta autodenominada «organización militar socialista revolucionaria vasca de liberación nacional». A pesar de su indudable filiación marxista, Cuenca apenas cita a ETA, si bien escribe que las amenazas del grupo terrorista a profesores de la Universidad del País Vasco como José María Portillo o Manuel Montero dieron «más realce y audiencia popular a la institución» (p. 184). Ni una palabra, sin embargo, para los reiterados atentados de ETA contra la Universidad de Navarra.

administración y el poder, en el reforzamiento del Estado y en la prohibición de los nacionalismos regionalistas— no había resuelto «la articulación de España como nación, probablemente —afirma el autor— el tema capital de la historia española de los siglos XIX y XX» (p. 57). La misma puesta en marcha de los Planes de Desarrollo favoreció la vuelta al primer plano de la reflexión sobre la regionalización de España.

En «El régimen como problema», Fusi estudia lo que considera son las tres grandes cuestiones políticas de los sesenta: la extensión de la conflictividad (agitación universitaria, huelgas laborales, terrorismo de ETA), el nacimiento de una oposición (reunión en Munich, 1962, de la oposición democrática al régimen, importancia del Partido Comunista que, sin embargo, no era *toda* la oposición al franquismo...); pero también —así lo indican los análisis de Dionisio Ridruejo y de la dirigente comunista italiana Rossana Rossanda, ambos de 1962— la falta de una alternativa real al franquismo. De ahí que el régimen de Franco pudiera completar, en 1967-1969, su propia institucionalización y nombrar a don Juan Carlos de Borbón heredero a título de rey y que, a finales de los 60 y principios de los 70, persistieran las miradas agónicas, desgarradas, obsesivas sobre la realidad de España (Blas de Otero, Juan Goytisolo, Pedro Laín Entralgo).

«La cuestión no era, pues, ya la alternativa al régimen —escribe Fusi en “la reinención de la democracia”—, sino en todo caso el futuro de España después de Franco» (...) El problema de fondo no era, pues, como en 1931, Monarquía o República, sino continuismo o democracia. Pero la gran cuestión que iba a tener que afrontar don Juan Carlos tras la muerte de Franco era dotarse a la vez de legitimidad histórica y dinástica (que estaba en las manos de su padre, don Juan) y de legitimidad política, «que en la España, y en la Europa, de 1975 no podría ser otra legitimidad que legitimidad democrática» (pp. 73-77).

En este punto, Fusi vuelve a su análisis del mundo de la cultura y del pensamiento: muestra el elevado número de publicaciones, en los años finales del franquismo, sobre los problemas de la democracia, poniendo especial atención en el punto de vista de López Aranguren o de Ruiz Jiménez, Calvo Serer y Areilza —«personalidades que habían tenido en su momento, incluso prolongadamente, papel destacado, político o intelectual, en el sistema [y que] habían dejado de creer, significativamente, en el régimen» (p. 74)— y pasa después a ofrecer un magnífico fresco del mundo de la cultura, en el que «el futuro, que había empezado

en los años sesenta (...) era ahora, 1970-1975, una realidad de hecho (...). La cultura española estaba instalada en una realidad vital completamente distinta (...) había desbordado al franquismo» (pp. 81-85). Dicho esto, se hace necesario volver a la vida política: a la crisis del régimen a partir de 1969, al asesinato por ETA de Carrero Blanco, al fracaso de la apertura prometida por Arias Navarro en febrero de 1974, a la imposibilidad de evolución del franquismo hacia la democracia. Todo ello, unido al contexto internacional, al sentido de la historia de los actores de la Transición, al desarrollo económico del país entre 1960 y 1975 y a esa cultura española de tal fuerza modernizadora que había sido —es la tesis central del autor— «esencial en la recuperación de la conciencia democrática del país» (p. 88).

De gran interés es también el último capítulo del discurso de Fusi, dedicado a la Transición a la democracia y a la cultura española durante los años 1975-1990. En «España transformada» se repasan los muchos ámbitos en los que el país cambió durante aquellos años. Aquí, como en los capítulos anteriores, al hablar de la cultura Fusi echa mano de unos reveladores listados de nombres y obras, que, como él mismo señala (p. 91, n. 125) «son enojosos —un centón de nombres— e insuficientes». Pero es verdad (afirma, y no puedo dejar de darle la razón) que, «con independencia del sesgo personal que revelen (y de las omisiones que sin duda hay en ellos) (...) los autores citados han escrito varias docenas de libros excelentes, de libros que quedarán (lo que resulta suficiente, o eso creo, para el argumento que se hace en el texto»).

En «Democracia como moral» y en «España como preocupación», Fusi vuelve a fijarse en Marías y en Aranguren, quienes vivieron la transición como habían vivido la España de 1939 a 1975: como preocupación, como problema; Marías intenta explicar a sus conciudadanos la nueva *España real* desde su idea de la filosofía como «visión responsable»; Aranguren, desde una perspectiva filosófica-cultural radicalmente crítica, desde su ya antigua convicción del papel del intelectual como conciencia moral de la sociedad, que le llevaría a partir de 1976 a distanciarse del proceso político español, a considerar «mediocre» tanto el suarismo como el socialismo de González. Con su visión doctrinal, no analítica, Aranguren ignoraba —opina Fusi— «el sentido y profundidad históricos del cambio que se estaba operando en España» (p. 100), aunque su valoración de la democracia no como un simple sistema de gobierno sino

como una empresa de moralización social ejerciese una gran influencia en el mundo intelectual.

A pesar de su propia circunstancia íntima —el fallecimiento en 1977 de su mujer—, Marías vivió el paso de España de la dictadura a la democracia —«la devolución de España a sí misma»— con optimismo y esperanza. Con todo, tanto en su análisis de la Constitución de 1978 (que acabó considerando un texto positivo y viable) como en el de la larga etapa de gobierno socialista, Marías mostró muchas reservas, al tiempo que consideraba «fabulosa, casi increíble», la Transición tal como se desarrolló entre 1975 y 1981.

En poco más de tres páginas de «Epílogo», Juan Pablo Fusi sintetiza el principal argumento de su discurso: en el contexto de la España de la posguerra, el cambio cultural que fue produciéndose desde la década de 1960 fue un hecho histórico de importancia considerable. Supo conquistarse ámbitos propios de libertad y tuvo una importante función formativa en la reinención de la democracia en España; se ocupó no sólo de la democracia como problema —el problema era el régimen de Franco— sino de la democracia como posibilidad, una posibilidad que, sostiene el autor, «fue transformándose de posibilidad en necesidad histórica. No iba a haber franquismo después de Franco. Las razones de ello fueron, sin duda, numerosas y complejas. Una de ellas, el cambio cultural. La cultura española había hecho su pre-transición cultural, diez, quince años antes de la muerte de Franco» (pp. 106-107).

Política e históricamente, la Transición cristalizó en un régimen estable y plural y fue un nuevo comienzo para el país. En cuanto al pensamiento de la Transición, se caracterizó enseguida por el pluralismo y la complejidad, aunque fueran especialmente reveladores el retorno de la ética en los años ochenta y la nueva visión de España derivada de su redefinición de España como Estado autonómico.

Conviene hacer varias reflexiones tras presentar a los lectores este magnífico discurso de Juan Pablo Fusi y antes de adentrarme en el último y muy útil libro de José Manuel Cuenca. La primera, la de que, si bien Fusi nos presenta un panorama fiel del pensamiento y de la cultura españolas entre 1960 y 1990, los intelectuales que están en el centro de su interés son ante todo intelectuales liberales, continuadores en su visión del mundo y de la sociedad de la generación de 1914. No se oculta en absoluto la importancia de la intelectualidad marxista (Fusi cita a Manuel Sacristán, Manuel Tuñón de Lara, Jorge Semprún, Fernando Claudín,

Javier Pradera y tantos otros) ni la del progresivo «divorcio» (p. 70) de la Iglesia respecto del régimen fruto del Concilio Vaticano II con las consecuencias, también en el mundo intelectual, que tuvo. Pero, como escribió José Luis López Aranguren en su ensayo de 1975 *La cultura española y la cultura establecida*, «lo que ‘había ocurrido’ (...) era el ‘triumfo tardío’ de los que llamaba ‘militarmente vencidos pero culturalmente superiores’ sobre los vencedores con las armas; el triunfo ‘en toda la línea cultural’, decía, del exilio exterior y del exilio interior, lo que le hacía afirmar que el verdadero ‘establishment’ en España no era ya, en 1970, el régimen de Franco sino la escuela de Menéndez Pidal, los continuadores del espíritu de la Institución Libre de Enseñanza, el orteguismo y la *Revista de Occidente*, y hasta los ‘hijos’ y los ‘nietos’ de la generación del 98» (p. 33).

Con todo, si bien en la afirmación de Aranguren hay mucho de verdad, no está toda la verdad. En la España de Franco, especialmente después de superada su primera década, hubo muchas «zonas» y muchas «personas grises»⁷. No todo era falangismo, nacionalcatolicismo u oposición frontal al régimen. Falangistas en un comienzo eran Dionisio Ridruejo, Laín Entralgo, Antonio Tovar o el propio Aranguren y pronto dejaron de apoyar a Franco. Fusi distingue también entre «la Iglesia, como institución» y «los escritores e intelectuales católicos» (p. 20). Joaquín Ruiz Giménez, ministro de Educación entre 1951 y 1956, era en los años 60 «probablemente la personalidad más destacada de la democracia cristiana no franquista» y la revista que fundó en 1963, *Cuadernos para el Diálogo*, «no hizo sino elaborar los principios morales, ideológicos y políticos sobre los que edificar la democracia» (p. 74); y su gran rival en los años cincuenta, Rafael Calvo Serer, «el intelectual católico, tradicionalista y monárquico que en los años cincuenta (...) había asociado a España con su pasado católico y la solución a sus problemas como nación con la restauración de su tradición histórica, se interesó, ya en los sesenta, por la filosofía de la libertad política y las democracias europeas y norteamericana (...) y pasó a argumentar que el futuro de España exigía la evolución, o por vía de reformas o por vía de ruptura, hacia la Monarquía democrática (...) y el Estado de derecho, ideas que Calvo Serer defendería desde el diario *Madrid*, el periódico que entre 1967 y 1971 emergió (...) como el más independiente y más crítico de los periódicos españoles (razón por la que fue cerrado por el gobierno)» (pp. 74-75).

⁷ La expresión «zonas grises» la acuñó Primo Levi.

Hay otros muchos casos. Para no extenderme demasiado, citaré dos más: la Sociedad de Estudios y Publicaciones del Banco Urquijo, que en absoluto podía decirse que estaba fuera del «*establishment*» pero que hizo posible la actividad creadora de Xavier Zubiri y ayudó de forma decisiva a la puesta en marcha del Iberian Centre del St. Antony's College de la Universidad de Oxford; y la persona y la obra de Jaume Vicens Vives, quien en 1940 publicó *España. Geopolítica del Estado y del Imperio*⁸ y que, sin embargo, a pesar de su breve vida, fue, como dice Fusi, el 'símbolo' y el 'promotor' principal de la renovación historiográfica española, «un historiador decisivo, esencial» (p. 43).

Como escribe Fusi, no fue un hecho casual que en 1968 Aranguren se interesara por el marxismo y otras formas de pensamiento crítico, porque «el marxismo pareció paradójicamente ser en algún momento —años 1965-1975— la cultura universitaria dominante en España» (p. 37, n. 39, que ofrece muchos datos en abono de su afirmación). Ése es el asunto que elige el profesor Cuenca Toribio como tema central de su último libro.

Como el de Fusi, el libro de Cuenca es un trabajo de historia intelectual, está organizado en tres capítulos y tiene también muchas notas; pero creo que ahí acaban las similitudes. A diferencia del de Fusi, el estilo de Cuenca es barroco y el libro debe leerse en dos niveles: uno, el del texto; otro, el de las notas, que no van al pie, sino al final de cada capítulo y suelen ser muy largas⁹.

Si, como escribió Pablo Pérez de *Iglesia y Cultura en la España del siglo XX*¹⁰, «la obra es una gigantesca colección de datos», este nuevo libro es también enciclopédico, aunque las fuentes del profesor Cuenca no son fuentes de archivo, sino fuentes impresas —monografías, revistas, memorias, además de las fuentes secundarias—, algo propio de la historia intelectual.

⁸ Muñoz i Lloret, 1997, pp. 117-124.

⁹ Al final del libro se incluye un útil índice onomástico. Afean el libro algunas erratas sorprendentes: en la p. 16 se habla de Pedro Vera en lugar de Jaime Vera; en la p. 30 aparecen dos notas 41 y en la p. 31 dos notas 43; en la p. 16 se habla de la exigua atracción del PSOE en ciudades como Gijón o Córdoba, pero en la nota correspondiente (n. 13, p. 56) parece que no se habla de Gijón sino de Gerona; en p. 148 se cita a «Junggen Habermas» y en p. 184 a Ignacio García de Cortázar (en realidad, José Ángel).

¹⁰ Pérez López, 2014.

El primer capítulo, relativamente breve, está escrito a partir de la bibliografía existente. Transitamos en él por el marxismo guesdista del fundador del PSOE, por el interés por el socialismo de Unamuno o Maeztu, se nos presenta a figuras menores como Jaime Vera o Manuel Núñez de Arenas y a conocidos socialistas ligados a la Institución, como Fernando de los Ríos o Julián Besteiro.

Frente a la categoría de mito político e ideológico que adquiere el marxismo después de la revolución soviética de 1917, en España no hay apenas marxistas con una aportación original en los años veinte y treinta, salvo quizás la solitaria obra de Rafael García Ormaechea¹¹ y el «bolchevizonte» Luis Araquistain. El autor se pregunta por las causas de esta situación, sin encontrar una satisfactoria, y, después de una interesante pero también chocante referencia al papel de Ricardo de la Cierva, nos coloca de pronto en los años sesenta del franquismo desarrollista y, más concretamente, en el ambiente intelectual de Cataluña. Cuenca señala el influjo en las universidades y en las editoriales de figuras como Fabián Estapé, Manuel Jiménez de Parga —maestro de Jordi Solé Tura, uno de los primeros difusores del pensamiento de Gramsci y Poulantzas—, Manuel Vázquez Montalbán y, sobre todo, Manuel Sacristán. En el ámbito historiográfico, Cuenca afirma que Vicens Vives «auspició y reforzó la inclinación por el método marxista de algunos de sus alumnos más sobresalientes», como Fontana, aunque es claro que, en su caso y en el de Martínez Shaw, ambos bebieron sobre todo de la obra de Pierre Vilar.

Junto a Barcelona, Cuenca presenta a Madrid, con las siguientes y un poco chocantes palabras: «en Madrid, el marxismo nunca se fue» (p. 45). Con ellas parece aludir al papel de los admiradores del institucionalismo y a los hombres del Instituto de Estudios Políticos, que, no siendo en ningún caso marxistas habrían protegido a futuros académicos marxistas. El capítulo concluye con una referencia a la vida y a la obra de Manuel Tuñón de Lara, del que afirma desplegaba «una actividad dionisiaca en todos los medios sociales (...) y una capacidad magisterial asombrosa» (p. 183)¹².

¹¹ Curiosamente, Cuenca no cita las ediciones de muchas obras clásicas de la historiografía y de las ciencias sociales en España que ha publicado Urgoiti editores: entre ellas, la de García Ormaechea, 2002, con un estudio preliminar de Pedro Ruiz Torres, 2002; o la de Barbero y Vigil, 2012, con prólogo de Javier Faci, 2012.

¹² En pp. 35-36 se refiere Cuenca, entre otros sacerdotes, al jesuita P. Álvarez Bolado, quien «se afanaba, recién venido de Alemania, por transmitir con fidelidad las tesis más avanzadas en el diálogo

El corazón del libro lo constituye el segundo capítulo, «Del mayo francés a la transición», que se propone demostrar la implantación en España, durante dicha etapa, de un «modelo cultural progresista-marxista» dominante en todos los ámbitos: en el universitario y dedicado a la investigación (CSIC), en el editorial (Alianza, Ariel, Edicions 62 y Península, Grijalbo y Crítica, Siglo XXI y FCE...), en los medios de comunicación (*Triunfo*, *Cambio* 16...). A través de estos instrumentos llegó a España —expone Cuenca— la sociología, la historiografía, la economía y, en general, las ciencias sociales de sesgo marxista. Se traducen, entre otras, las obras principales del ruso Boris Porshnev, de los franceses Albert Soboul, Georges Lefebvre o Pierre Vilar o de los anglosajones Maurice Dobb, Paul Sweezy, Eric Hobsbawm, Christopher Hill o Rodney Hilton. El autor compara el éxito en España de *La formación histórica de la clase obrera*, de Edward P. Thompson con la obra de Raymond Carr *España (1808-1939)* y afirma que «la propuesta metodológica de Carr era claramente insuficiente, por no decir nula, a la hora de equilibrar, y nada se diga de desbancar, la de aquella [la escuela de *Past and Present*], venero esencial del modelo cultural basado en el marxismo dialéctico, que ambicionaba implantarse hegemónicamente en la vida intelectual española» (p. 114)¹³. «El libro de Fontana significó la mayoría de edad de la metodología y bibliografía marxistas en la España de la dictadura» (p. 119); y, a continuación, el autor echa la vista atrás para rendir homenaje a los adelantados (Manuel Sacristán) y a los difusores del marxismo althusseriano, en particular Marta Harnecker¹⁴.

entre creyentes y ateos o agnósticos» (p. 36). No hay referencia directa al diálogo entre católicos y marxistas, en el que sabemos que jugó cierto papel Tuñón de Lara. Ver Alemany, 2002, pp. 57-64. La relación entre Tuñón de Lara y los jesuitas de Pignatelli tuvo lugar entre 1975 y 1985. Son frecuentes, en las palabras y cartas de Tuñón aquí recogidas, las críticas a Juan Pablo II y a la jerarquía española, a pesar de que «he sido —decía Tuñón de sí mismo— uno de los precursores del buen entendimiento entre marxismo y cristianismo, dejando en la cuneta a los integristas de ambos bandos» (p. 62).

¹³ En la misma línea se pueden aducir otras muchas afirmaciones de Cuenca: «El resultado de la confrontación en tierras del Santo Oficio de las obras de Carr y Thompson constituía la prueba más innegable [del triunfo definitivo del modelo progresista en su connotación más marxistizada]» (p. 116); o, en la misma página: «la concurrencia temporal del libro de R. Carr con el de Fontana (*La quiebra de la Monarquía absoluta*) no entrañó mayor competencia para el de este, objeto desde el día siguiente de su aparición (...) de auténtico culto en los círculos más influyentes del contemporaneísmo hispano y, en general, de todas las esferas historiográficas». El de Fontana es, para Cuenca, «un marxismo abierto» (p. 120).

¹⁴ Su obra *Los conceptos elementales del materialismo histórico* —el político socialista Alfonso Guerra afirma en sus memorias de 2012 que «creía que Marta Harnecker era un libro» (cf. Cuenca,

Cuenca habla también de la recepción en España de la obra del gramsciano Nicos Poulantzas, de su discípulo hispano Jordi Solé Tura; y afirma, creo que con razón, que en la batalla entre los diversos intérpretes del pensamiento de Marx hubo una mayor participación de historiadores y otros cultivadores de las ciencias sociales que de pensadores y filósofos. A medida que avanzan las páginas se pasean por el libro los *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo* de Dobb —y su discípulo español Jesús Millán—, la obra colectiva *La transición del feudalismo al capitalismo* (1ª edición inglesa, 1954; 1ª traducción castellana, 1967), los trabajos sobre la misma temática de los españoles Abilio Barbero y Marcelo Vigil y su recepción. «Con el fulminante éxito —comenta el autor— que acompañara en los medios universitarios la obra de Barbero-Vigil (...), el método dialéctico, en su proyección española, abarcaba ya con *La quiebra de la Monarquía absoluta* los dos extremos en que se quintaesenciaba la reformulación de su ayer desde los principios del materialismo histórico: el nacimiento de España y su entrada en la contemporaneidad (...). Tanto Fontana (...) como sus colegas Barbero y Vigil tenían conciencia del hecho, con mutuas y elogiosas citas entre ellos (...) En tanto que —territorio privilegiado de la influencia de los *Annales*— la edad moderna, con la expansión ultramarina, quedó un tiempo sin roturar por su arado, la medieval y la más reciente recibieron un tratamiento extensivo que modificó sus contornos con visiones y propuestas a menudo de radical innovación. Ya en las mismas postrimerías de los sesenta —concluye—, nuevos docentes de probada valía y compromiso ensancharon, progresiva e incesablemente, los cuadros de la *intelligentzia* marxista historiográfica» (p. 137)¹⁵.

Ya he adelantado que el último capítulo del libro de Cuenca se me ha hecho largo y reiterativo. Pero no por ello carece de interés. En su revisión de la trayectoria de los centros universitarios españoles se hace mención de algunos intelectuales liberales y católicos de valía, si bien, de acuerdo con el propósito de la obra, son los especialistas en ciencias hu-

op. cit., p. 159— alcanzaba ya en 1971, en Siglo XXI de México, la sexta edición revisada y ampliada; en 2000 se publicó la 36ª edición castellana; en 2007, la edición número 66.

¹⁵ Aunque en el último capítulo de su libro el autor nos muestra numerosos ejemplos de cómo, desde finales de los sesenta hasta la actualidad, lo que él suele denominar «modelo cultural progresista-marxista» alcanza en España a todas las ciencias humanas y sociales, hay algunas ausencias llamativas en el campo de la teoría y la crítica estética, literaria y de las artes plásticas: entre otros están —Fusi no se olvida de ellos— Moreno Galván, Aguilera Cerni, Bozal, Blanco Aguinaga, Rodríguez Puértolas, Iris Zavala o Santos Fontenla.

manas y sociales atraídos por el «modelo progresista-marxista» los más estudiados. Así, en el caso de la Universidad de Valencia, el foco se pone en Enric Sebastià y sus diferencias con Fontana en el debate sobre la transición del régimen feudal al burgués y capitalista¹⁶. La Universidad de Zaragoza llama especialmente la atención de nuestro autor, que muestra bien la importancia de «una de las figuras a todas luces cimeras en la elaboración del método dialéctico en las disciplinas históricas y aun, desde diversos puntos de vista, sociales: Juan José Carreras Ares» (p. 176). Su importancia no residió tanto en sus publicaciones, cortas aunque de calidad, como en la formación de una escuela de la que forman parte Carlos Forcadell, citado por nuestro autor, pero también Julián Casanovas, Ignacio Peiró y Gonzalo Pasamar, sin desdeñar el influjo que en otros campos tuvieron Guillermo Fatás y José Carlos Mainer.

De manera mucho menos detallada se refiere el autor al mundo universitario de Navarra, el País Vasco, Cantabria y Asturias. No deja de citar a autores que no siguen el modelo que se ha propuesto estudiar, pero se centra en los que más le interesan: en el País Vasco, Emiliano Fernández de Pinedo, del que leemos con profunda extrañeza fue «de posterior e irrestricta militancia abertzale» (p. 183) y Manuel Tuñón de Lara; en Cantabria, Manuel Suárez Cortina; en Asturias, un David Ruiz que defiende un modelo marxista mecanicista que el autor critica —David Ruiz es para él «un mentor de menguada estatura intelectual y parva obra» (p. 185)— y que contrapone al pensamiento de Gustavo Bueno y a la obra del discípulo de Preston Enrique Moradiellos.

En Galicia los protagonistas serán Ramón Villares, Justo Beramendi y Ramón Barreiro. En Salamanca Cuenca destaca las figuras de Tierno Galván y Tomás y Valiente. Y el mismo método —el de intentar retratar el pulso intelectual de las Universidades españolas durante el tardofranquismo y la transición— emplea en las páginas que siguen, llenas, me temo, de generalidades, de figuras que son «apellidadas» pero no analizadas —«el institucionista Manuel de Terán y el opusdeísta José Manuel Casas» (p. 186)¹⁷— y de menciones de personalidades y grupos de las de-

¹⁶ Como es natural, hay muchas referencias a la problemática de la «revolución burguesa», pero no se cita al historiador español que, a mi modo de ver, mejor la entendió, Antonio Morales Moya.

¹⁷ La Universidad de Navarra, obra corporativa del Opus Dei, no sale muy bien parada: cf. pp. 181-182. Cuenca cita críticamente por dos veces (pp. 84 y 250) las memorias del que fue rector de la Universidad, Alejandro Llano, con palabras como éstas: «el memoriógrafo da en su extensa obra sobradas muestras de su inclinación por lo ficcional o imaginativo en detrimento de la acribia do-

más universidades de nuestra España de las autonomías, incluyendo esta vez breves referencias a Cataluña —la Universidad de Tarragona y Pere Anguera, la de Lleida y Carlos Martínez Shaw y Roberto Fernández— y Madrid (el autor dedica las páginas 220-230 a las Universidades madrileñas), que tienen como fundamento las relaciones personales del propio Cuenca, las obras memorialísticas y la bibliografía, pero prácticamente nunca fuentes primarias.

El libro termina con la siguiente conclusión: «el modelo progresista-marxista vigente en Europa y en todo el mundo occidental a partir de la primera guerra mundial, pero de enlentecida aplicación en nuestro país hasta la década de los sesenta (...), no encontraría obstáculo mayor para descubrirse hegemónico una vez finalizada la 'década prodigiosa', vestíbulo de su esplendor; un esplendor que todavía dura, sin atisbos considerables de sustitución o decadencia, pese a sus denostadores e impugnadores, en alhacarieta (*sic*) espera de taumatúrgicos reemplazos. Avasallador, dictatorial, el modelo de la actual cultura española (...), por su ideologización suma, registra déficits éticos de extensión y gravedad extremas. En sus diversos ámbitos, no pocas creaciones y sus autores son víctimas, en sus parámetros axiológicos, de proscripción y marginalidad injustas. Pero toda historia cultural tiene sus vencedores y vencidos» (p. 253).

Publicado su libro en 2016, no hubiese estado de más una siquiera breve referencia por parte de Cuenca a los pensadores posmarxistas (Ernesto Laclau, Chantal Mouffe...) que más han influido en el populismo de Podemos, nacido en el mundo universitario y probablemente marcado también por pensadores como Thomas Piketty¹⁸, y por la obra de los llamados «novelistas de la crisis», entre los que destaca Rafael Chirbes¹⁹.

cumental o erudita» (p. 250).

¹⁸ No conozco estudios rigurosos sobre el populismo posmarxista de *Podemos*. Algo dice Montserrat Herrero (2015); pero se hace necesario un estudio directo de los libros de Laclau y Mouffe, de Iglesias, Errejón y Monedero, de Thomas Piketty y Domenico Losurdo, entre otros autores actuales.

¹⁹ Junto a Chirbes, han publicado obras literarias sobre la crisis Elvira Navarro, Marta Sanz, Isaac Rosa, Pilar Adón, Belén Gopegui, Pablo Gutiérrez, Javier López, Almudena Grandes o Pablo Fajardo. De algunos de estos autores hablan Nieves Mora y Silvia Nieto en «La crisis como necesidad para escribir novelas», en *ABC Cultural*, 16 de julio de 2016, pp. 4-5. Algunos de estos escritores, como Fajardo (2016) han sido ligados a Podemos. No necesariamente estos autores forman parte de la misma generación. Chirbes nació en 1949 y su marxismo no tiene que ver con las corrientes más recientes. Lo mismo podría decirse de historiadores como Carlos Martínez Shaw, nacido en 1945. Su adscripción al marxismo sigue estando presente hoy, como puede verse en su reseña al libro de Gonzalo Pontón (2016), en *El País*, *Babelia*, 8 de octubre de 2016, p. 7.

LOS INTELLECTUALES Y LA TRANSICIÓN A LA DEMOCRACIA EN ESPAÑA

En definitiva, las dos obras aquí comentadas nos ayudan a entender la historia intelectual y general de la España reciente, pero, mientras el discurso de Fusi es, como en general toda su obra, incisivo, preciso y lleno de matices, el libro de Cuenca, aun pleno de información valiosa, la engalana sin necesidad de barroquismo y, algunas veces, de tópicos. Y quizás su principal carencia es que, como ya escribiera Pablo Pérez a propósito de su libro de 2012²⁰, «se dejan fuera elementos de la vida cultural de indudable importancia en estos años, como son la radio y la televisión, y en general cualquier medio de comunicación que no sea prensa escrita. Cuando se habla de cultura, pues —y estas palabras valen también para el discurso de Fusi—, debemos entender aquí cultura escrita, y frecuentemente la más depurada. Y aún la escrita, inevitablemente, no toda»²¹.

BIBLIOGRAFÍA

- Alemaný, Jesús M^a, «Manuel Tuñón de Lara y el Centro Pignatelli», en *Manuel Tuñón de Lara: desde Aragón*, coords. Fernández Clemente, Eloy y Carlos Forcadell, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2002, pp. 57-64.
- Barbero, Abilio y Marcelo Vigil, *Visigodos, cántabros y vascones en los orígenes sociales de la Reconquista*, Pamplona, Urgoiti Editores, 2012.
- Fajardo, Pablo, *Asamblea ordinaria*, Barcelona, Libros del Asteroide, 2016.
- García Ormaechea, Rafael, *Supervivencias feudales en España. Estudios de legislación y jurisprudencia sobre señoríos*, ed. Ruiz Torres, Pedro, Pamplona, Urgoiti Editores, 2002.
- González, María Jesús y Ugarte, Javier, «Apuntes para una (auto) biografía intelectual», en *Juan Pablo Fusi. El historiador y su tiempo*, eds. González, María Jesús y Javier Ugarte, Barcelona, Taurus, 2016, pp. 433-466.
- Harnecker, Marta, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, México, Siglo XXI, 1971.
- Herrero, Monteserrat, *Poder, gobierno, autoridad. La condición saludable de la vida política*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2015.
- Marías, Julián, *Los españoles*, Madrid, Revista de Occidente, 1960.
- Marías, Julián, *Meditaciones sobre la sociedad española*, Madrid, Alianza, 1966.
- Muñoz i Lloret, Josep M., *Jaume Vicens i Vives. Una biografía intelectual*, Barcelona, Edicions 62, 1997.
- Pérez López, Pablo, «José Manuel Cuenca Toribio, *Iglesia y Cultura en la España del s. XX*, Madrid, Actas, 2012, 519 pp.» (Recensión), *Studia et Documenta*, 8, 2014, pp. 401-406.
- Pontón, Gonzalo, *La lucha por la desigualdad*, prólogo de Josep Fontana, Barcelona, Pasado & Presente, 2016.

²⁰ Ver nota 1, p. 402.

²¹ En honor a la verdad, hay que decir que Cuenca es perfectamente consciente de dichas limitaciones: «aparte de las numerosas dimensiones de la cultura española del siglo XX de forja o crisol progresista y/o marxista —cine, arte, periodismo...—; que apenas se estudian, «en el mismo plano en que se ha desenvuelto nuestro estudio quedan amplias zonas sin roturar por desmaña o elección del autor» (p. 232).